

EL DIARIO MURCIANO

DIRECCION. CALLE DE VICTORIO, 53.—PRECIO DENTRO Y FUERA DE MURCIA, UNA PESETA AL MES.—NUMERO SUELTO CINCO CENTIMOS



D. O. M.

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

DON MARIANO DIAZ DE MENDOZA Y URIBE

CONDE DE LALANG Y DE BALAZOTE, MARQUÉS DE FONTANAR, GRANDE DE ESPAÑA

Falleció en Madrid el día 9 del corriente

DESPUES DE RECIBIR LOS SS. SS.

R. I. P.

Mañana sábado 27 á las diez, se celebrará un funeral en sufragio de su alma en la Santa Iglesia Catedral.

SUS HIJOS Y PARIENTES.

Ruegan á sus amigos que le encomienden á Dios.

Murcia 26 de Abril de 1907

estaba sobrecogido, lleno de miedo, como si creyera ver ya delante de sus ojos el hierro enrojecido de los garfios, y sentir que se desgarraba su propia carne.

Miraba al púlpito con los ojos muy abiertos, y cuando fijaba sus ojos en los ojos brillantes del sacerdote, escuchando aquellas amenazas terribles, expresadas con la sencillez elocuente de la verdad, que chocaban en los oídos de una manera desagradable y repercutían en el alma con ecos de sentimiento, arrancando gemidos de dolor y haciendo asomar á los ojos lágrimas de sincera contrición, el granuja bajaba la vista avergonzado y sentía que sus miembros se crispaban en contracciones de espanto, y "allá dentro,, en lo hondo, unas ganas de llorar infinitas. El sacerdote parecía en aquellos momentos como un enviado de Dios para promulgar la justicia ley. El sol, que penetraba por las altas ojivas del templo, se reflejaba en su cabeza como si fuera á iluminarla con resplandores de inspiración divina.

* *

Había entrado él en la iglesia por casualidad, por pura casualidad. Estaba en la puerta con otros, implorando de la caridad de los fieles una limosna por amor de Dios, de aquel Dios en cuyo nombre hablaba el sacerdote. Pasó una señora, una gran señora, que mostraba en la abertura del bolsillo la punta de un pañuelo, de un pañuelo que debía de ser riquísimo, y entró detrás con la santa intención de apoderarse del pañuelo. Consumó la ratería y se retiraba después, cuando escuchó las hermosas palabras del viaje sacerdote, que le retuvieron en el templo con fuerza superior á su voluntad. Y allí se estuvo, arrodillado, sorprendido, aspirando las oleadas olorosas del incienso, sintiendo en el alma "algo,, que le hacía daño, que le arañaba con furia.

Hubó después el sacerdote del arrepentimiento y habló de perdón. Tras los acordes amenazadores, formidables, del Dios de Sinaí, se escucharon las palabras misericordiosas, profundamente humanas del humilde Dios del Calvario.

El granuja sintió en los ojos gaudiosos con aqué-

EL GARBANZO NACIONAL

Gracias al empeño de contarles los garbanzos á la gente, se ha sabido que los toreros de ahora, peores que los antiguos, que eran unos maestreros, ganan muchísimo más que éstos.

En efecto, en una escala de sueldos publicada por un periódico, se vé que el 1889 el mejor espada cobraba 4.000 pesetas por corrida, y ahora en 1907, el más idóneo, que sin embargo no serviría para descalzarle á "Lagartijo,, por ejemplo, gana 6.000.

Eso lo que prueba es que la gente de coleta vive más en la realidad que la de pluma, la de toga y la de espada. La cuestión de sueldos es esencial, pero los toreros pueden imponer la ley á las empresas.

¿Pueden hacer lo mismo los funcionarios públicos, civiles ó militares, escritores, abogados, etc.? ¿Como no impongan!...

Con los duros sevillanos, que no pasan, con los desencuentos en los salarios, con la carestía de las subsistencias, aquí ya nadie, sino es la gente

"de muchas agallas" es la que puede vivir. ¡Hacen bien los toreros de exigir sueldos en armonía con las necesidades modernas! Así pueden ganar en una corrida y sin desauento, lo mismo que con él gana un teniente coronel, pongo por caso, en un año.

Que los sueldos actuales en las clases del Estado son insuficientes ¿quién lo duda? Pero ¿quién lo tase al árbitro de los garbanzos? ¿Dime lo que comes y te diré quién eres! Por supuesto ¿á que no comen garbanzos los toreros de "primo cartello"?

El garbanzo se ha hecho para la plebe intelectual, esa que por virtud de las circunstancias se viste á plazos; pide kilométricos al pagar la factura en la tienda de ultramarinos y va al teatro con billetes de favor.

Los que escupen por el colmillo ni siquiera saben de qué color son los garbanzos. Después de todo ¿por qué no se ha de entrar á velas desplegadas en el camino del progreso? Si han caído los antiguos ideales y los moldes vetustos ¿por qué

no ha de caer también el clásico garbanzo nacional? Mucho más que éste se ha dejado suplantado por el mejicano, apollado y con merma.

BOBETOS HUMANOS

Al entrar en el templo quedó el granuja sorprendido ante el espectáculo majestuoso, lleno de poesía y sentimiento de la cristianacerecencia.

Las últimas notas del órgano en las naves de la iglesia, desvaneciéndose dulcemente sonando en los oídos como rumor lejano de besos y suspiros; el humo del incienso, débilmente coloreado por las luces de los cirios, se extendían en oleadas imperceptibles, envolviéndolo todo en una neblina de oro; desde el púlpito, el ministro del Señor dejaba oír á los fieles la voz de la Iglesia con elocuencia avasalladora, conmoviendo los espíritus con la tierna poesía de la palabra sagrada; los fieles, arrodillados piadosamente, con la cabeza inclinada sobre el pecho, como agobiados

por el peso de aquellas verdades amargas, escuchaban en silencio el mandato del soberano Dios...

También él se arrodilló, también él escuchó silencioso y conmovido las palabras del viejo sacerdote, primero con asombro, después con terror, reflejando en sus pupilas, dilatadas por el miedo, las congijas que producían en el alma los fieros decretos formulados en el Sinaí.

Aquellas tremendas descripciones que el sacerdote hacía recargando las notas de dolor y los colores de la muerte, eran aterradoras; las penas del infierno, las almas que se retorcián en dolorosas convulsiones en medio de la hoguera, el crujir de los huesos calcinados, el rechinar de dientes, las carnes desgarradas por los garfios de hierro enrojecido, los gritos penetrantes de agonía, los vapores de sangre, todo aquel implacable castigo de una eternidad de angustias y dolores, era para poner espanto en el alma del más bravo. Y el granuja, que nunca había escuchado "aquellas cosas,, tan crueles,

